

Discriminación de género y proyectiles verbales en los refraneros

Rodrigo Díaz Cruz¹

LA GENEROSA INVITACIÓN que se me hiciera para reseñar el libro *La que de amarillo se viste... La mujer en el refranero mexicano* de Ángeles Sánchez Bringas y Pilar Vallés me ha provocado más de una perplejidad.² La primera tiene que ver con mi inclinación para equivocarme con los refranes. Suelo combinarlos de formas inverosímiles, incluso aquellos que se cuentan entre los más célebres: “Más vale pájaro en mano, y amanece más temprano”. Convoco dos versos octosílabos y quizá una elegante rima, pero al final el refrán es terriblemente infeliz; o, mejor, es un no-refrán. En otras ocasiones comienzo a enunciar, confiado, la primera parte de un refrán –“Al que madruga”– y por alguna súbita indisposición se me olvida la parte complementaria; me pongo a hurgar en la memoria cuando mi interlocutor se ve obligado a concluirlo, provocándome una justificada vergüenza. En general, pues, mi experiencia con los refranes es ingrata: me hacen quedar como un tonto. Después de muchos intentos he aprendido que más vale no decirlos. Una segunda perplejidad está asociada con el hecho de que en realidad desconfío de los refranes. Salvo algunos que me parecen auténticas ilustraciones de la sabiduría popular, con muchos otros que he escuchado por aquí o por allá no estoy de acuerdo. Sin duda un motivo más sofisticado para guardar una distancia personal con los refranes. Evoqué inevitablemente estas experiencias cuando Ángeles Sánchez y Pilar Vallés me invitaron a reseñar su cuidadoso y magnífico libro. Les agradezco que me hayan dado esta oportunidad para comprender mi equívoca relación con los refranes; que me permitieran celebrar con ellas su publicación, porque de la lectura del libro he aprendido muchas cosas y me ha provocado diversas reflexiones; porque además de ser un va-

lioso libro, también es una fuente envidiable de información para futuras investigaciones, como ellas mismas lo señalan; porque quien se aventure a su lectura hallará las minuciosas formas mediante las cuales se producen y ejercen los tópicos, imágenes, representaciones y lugares comunes que han colocado a las mujeres en una posición subordinada en nuestra cultura y lenguaje, en la socialización informal y los imaginarios populares, en las conciencias colectivas y en las estructuras de significados que orientan la vida; y porque al mostrarnos con elocuencia la discriminación e ideología de género que muchos refranes incitan, el libro nos invita desde un horizonte distinto a los habituales a pensar en construir una sociedad más justa e igualitaria. Pero voy por partes.

Fuertemente marcados, como estamos, por la escritura, por el predominio de la mirada, por el paradigma visual, por los diccionarios, íconos y la puntuación, nos resulta una tarea difícil representarnos a las palabras y la voz separadas de la escritura. En contraste, el orden que gesta y organiza a los refranes proviene de las culturas orales que han dejado una huella entre nosotros, o de las culturas con una vigorosa tradición oral. Aclaro. No señalo que los refranes se originen sólo en las culturas orales, también se producen por supuesto en contextos de comunicación en los que no se ignora la escritura, pero donde la palabra dicha, la voz, tiene un lugar predominante. Esta pista nos la ofrecen las autoras cuando afirman que poco menos de la mitad de los refranes latinoamericanos “fueron traídos por los españoles durante los siglos XVI y XVII”, y destacan que

...muchos de los refranes recogidos en refraneros mexicanos hacen referencia a símbolos asociados a comunidades rurales [con

una vigorosa tradición oral: RDCJ], como el caballo, la mula, la vaca, el buey, el gallo, el gavián, la gallina, la siembra, la cosecha, los frutos de las plantas, es decir, a elementos de la naturaleza que tienen relevancia en sociedades que dependen de la agricultura y la crianza de animales de tiro y aves de corral (p. 200).

La oralidad y la escritura conforman, como lo ha indicado Walter J. Ong, tecnologías de la palabra que tienen sus lógicas y dinámicas distintivas.³ Para aclarar esta idea recurro al ejemplo de los albures. Éstos se nos hacen inteligibles cuando son dichos con los ritmos, entonaciones, aliteraciones y juegos de voces que exigen; en cambio, leídos constituyen un intolerable enigma. En sentido inverso, la resolución de una integral definida sólo es dable realizarla con papel y lápiz: las operaciones mentales que despliega reclaman la fijeza de la escritura. Los refranes, como los proverbios, son fórmulas, frases o expresiones fijas repetidas más o menos exactamente en verso o prosa que tienen una función decisiva y penetrante tanto en las tradiciones orales como en los contextos de comunicación en los que la voz ocupa un lugar eminente. Pensemos por un momento en las culturas orales. En ellas el conocimiento, una vez adquirido, tiene que repetirse constantemente, si no se pierde: así, los patrones de pensamiento formularios y fijos son esenciales para conservar, transmitir y gestionar dichos conocimientos. Es decir, el pensamiento debe estar entrelazado con sistemas y técnicas de memoria, y para ello las fórmulas breves, con sus ritmos y rimas, con su sintaxis peculiar, son indispensables para que los conocimientos, tópicos, imágenes, y representaciones puedan circular de boca en boca, de oído en oído. El refrán 1282 es ilustrativo: “La memoria cual mujer, suele a veces ser infiel”. El pensamiento en las culturas orales es imposible sin estas fórmulas, pues en ellas consiste. Los elementos del pensamiento y sus expresiones orales no aparecen sólo como entidades simples, sino asociadas a otras: la tradición popular oral no gusta decir meramente el soldado, prefiere el valiente soldado, no a la princesa, sino a la hermosa princesa, no a la vieja, sino a la vieja mañosa. Atiéndase el refrán 757: “sabe más una moza que una vieja mañosa; pero sabe de sabor, que de saber, no señor”.

En el discurso oral, a diferencia de la escritura, la redundancia y la repetición son necesarias para mantener la atención del oyente y para eludir esa permanente amenaza que representa el olvido. No es casual, en consecuencia, que los refranes tengan, como lo muestran Ángeles Sánchez y Pilar Vallés, muchas y pequeñas variaciones. Las tradiciones orales dedican mucha energía a reiterar una y otra vez lo que han

aprendido arduamente a través de los siglos, o bien a repetir aquellos estereotipos y lugares comunes que se quieren transmitir de generación a generación. Esta necesidad de redundancia provoca una posición tradicionalista o conservadora del pensamiento que no sólo reprime la experimentación intelectual, sino que inhibe el pensamiento crítico. Sin duda este último florece con la escritura, esto es, con la posibilidad de leer y releer lo que está fijado con esta tecnología de la palabra. Y aquí cabe subrayar otro rasgo de las culturas orales: la expresión en forma verbal de sus conocimientos, de sus prejuicios, estereotipos, representaciones e imágenes se hace con referencia más o menos estrecha con el mundo vital humano, con el mundo más inmediato y conocido; es situacional, evita las demasiadas abstracciones y también las metáforas rebuscadas. Con tres refranes ejemplifico este rasgo: “No te fíes de mujer, ni de mula de alquiler” (719); “La mujer cierne, más no discierne” (741); “Si la mujer es astilla, y es el marido brasa, no faltará fuego en casa” (209). Al estar estrechamente vinculados con el mundo inmediato, vital y conocido, las expresiones y fórmulas verbales no sólo almacenan información, también comprometen a otros en un combate verbal e intelectual. El enunciar un proverbio, albur, un refrán o un verso en un son huasteco desafía a los oyentes a superarlo con otro más oportuno o contradictorio. Por cierto, el refrán que las autoras eligieron para titular su libro muestra con elocuencia el carácter agonístico presente en las culturas orales, es decir, la idea de lucha y combate continuos: hasta donde sabía el refrán que comienza “La que de amarillo se viste” se complementa con la frase “en su hermosura confía”. Pero en el libro aparece una variante agonística menos conocida: “La que de amarillo se viste, de pícara se pasa” o “de sinvergüenza se pasa”. Y las autoras añaden el comentario que hizo en 1627 Gonzalo Correas a este refrán: “que mujer que se enamora de color tan disoluta, ¿qué puede ser sino puta?” (p. 48). Dada esta dimensión agonística y dado su énfasis en fórmulas más o menos fijas, en las tradiciones orales no hay lugar para los matices, para los claroscuros, para las posiciones intermedias; todo se resuelve con expresiones marcadas por fuertes contrastes, y al hacerlo así también con severas condenas. Señaló estos refranes para ilustrarlo. El primero, por cierto, es de los poquísimos que hace referencia a la escritura: “El libro que más quiere su marido, de su mujer es más aborrecido” (1176); “Mujeres y manzanas, a veces podridas, parecen sanas” (645).

Ahí donde la escritura separa temporal y espacialmente al escritor del lector, en las tradiciones orales el hablante y el oyente buscan establecer algún tipo de empatía o de



Nocturno, lápiz s/papel, 28 x 35 cm

identificación entre lo que se dice y lo que es escuchado. En varios estudios sobre los recitadores o cuenta cuentos en el África occidental, por ejemplo, se evidencia cómo lo que ellos narran depende del auditorio que tengan frente a sí, ya sean niños, jóvenes o adultos, hombres o mujeres, o bien la hora y el lugar de la recitación. Todo ello influye en el énfasis que hagan sobre algún pasaje del relato, o la decisión de eliminar ciertas escenas para generar la identificación y empatía entre el recitador, los oyentes y el relato. Por supuesto, lo mismo ocurre con las fórmulas verbales tales como refranes, proverbios, albures, chistes.

Al destacar algunas características de las tradiciones orales no quiero dar la impresión de que en ellas el pensamiento es prelógico o ilógico, como concluyeron los antropólogos del siglo XIX y principios del XX. Apenas expuse ciertos elementos de su lógica y operación distintiva —en contraste con la escritura—, para localizar el espacio en el que los refranes se despliegan. Creo, antes bien, que las culturas orales han producido organizaciones del pensamiento, expresiones verbales, figuras del lenguaje y experiencias asombrosamente complejas, inteligentes y bellas. Desde los himnos homéricos hasta la riqueza verbal de los sonos huastecos y las chilenas. Pero reconocer la riqueza de las tradiciones orales no nos compromete en todos los casos a justificarla: ésta es una de las lecciones que Ángeles Sánchez y Pilar Vallés nos ofrecen en su libro. Con otras palabras,

en nuestra circunstancia se suele elogiar la riqueza, ingenio y sabiduría de las culturas populares y tradiciones orales: a veces se les atribuye una inocencia y humor cándido que no tienen consecuencias. No obstante, el libro *La que de amarillo se viste... La mujer en el refranero mexicano* puede ser leído, permítanme la paráfrasis, como una crítica de la razón popular. Una razón que a través de breves fórmulas verbales —refranes, proverbios, chistes, albures— va configurando, lenta, tenazmente, una educación moral y una educación sentimental que se han empeñado sistemáticamente en colocar a las mujeres en una posición subordinada. Atiéndanse estos elocuentes refranes. Como si no fuera suficiente, el primero no se limita a ser un mero ejercicio de discriminación terrenal, la discriminación se prolonga a la esfera de lo sagrado (975): “Dios, que como Dios pudo escoger, se hizo hombre y no mujer”; el segundo conserva resonancias todavía habituales entre nosotros: “La mujer llora antes del matrimonio, el hombre después” (1165).

La eficacia de la educación moral y sentimental que presuponen los refranes —así como el esfuerzo continuo de discriminación que implican— no descansa solamente en las características que he descrito de las tradiciones y culturas orales. También se sustenta en los usos mismos del lenguaje. El filósofo vienés Ludwig Wittgenstein escribió hace más de 50 años que el lenguaje no se puede concebir como un mero instrumento de comunicación. Para Wittgenstein, y aquí utilizó una fecunda metáfora, el lenguaje es una caja de herramientas. En nuestras cajas de herramientas tenemos martillos, desarmadores, pinzas, clavos, tornillos, alambres, pegamento. Y agrega el filósofo: “Tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras”.⁴ Así como podemos colgar un cuadro en nuestra casa con martillo y clavo, o bien alinear un par de maderos con un buen golpe de martillo, así podemos amenazar a una persona con este instrumento. Del mismo modo las palabras pueden tener muchas funciones: con ellas insultamos o nos enamoramos, respetamos o descalificamos; por las palabras identificamos quién ejerce la autoridad y a quién se le impone. No es lo mismo el español que se usa en un noticiero de televisión que el que circula en una conversación informal; en el salón de clases o en una cantina; en la presentación de un libro o el que intercambian los jóvenes en un antro. A estas diferencias en los usos y funciones las llamó Wittgenstein juegos del lenguaje. Contar albures, chistes o refranes demanda contextos, circunstancias o situaciones peculiares, es decir, abren la posibilidad de desplegar ciertos, y sólo ciertos, juegos del lenguaje. Un

alumno de Wittgenstein, el filósofo inglés John L. Austin, dio un paso más en esta exploración del lenguaje como una caja de herramientas. Austin nos enseñó que las palabras no sólo dicen algo, también hacen cosas en el momento en que son dichas.⁵ Pensemos en este ejemplo. Cuando un juez de lo civil afirma “los declaro marido y mujer”, no sólo nos está informando de algo, en ese justo momento está modificando el estatus de las personas que tiene frente a sí: ambas han abandonado la soltería. En suma, hacemos cosas con palabras, pues éstas hacen, actúan, realizan: las palabras tienen un efecto productivo. Más todavía, el lenguaje constituye una de las representaciones más realistas que disponemos del concepto de fuerza. Por eso cuando el antropólogo Bronislaw Malinowski estudiaba en 1935 la magia de los trobriandeses llamó proyectiles verbales a los conjuros mágicos;⁶ nosotros podemos decir lo mismo de los chistes, albures, refranes, proverbios. E igualmente de afirmaciones tales como “eres un tonto”, “te amo”, “negro”, “naco”, “te comportas como un indio”, o bien que en su omnipotencia se afirme que Dios prefirió hacerse hombre y no mujer: todos estas expresiones son proyectiles verbales que van configurando de ciertas maneras las identidades personales, colectivas y, en el caso del libro reseñado, las identidades de género. Como proyectiles verbales también han sido utilizados recurrentemente para agravar, para golpear, para abrir heridas y para ejercer una violencia que se oculta en cierta cándida ironía.

Otra estrategia de discriminación, muy presente en los refranes, tiene que ver con las representaciones y usos del cuerpo que promueven. Los refranes 29 y 43 son sintomáticos: “Jala más un par de tetas que dos carretas” y “Más tiran nalgas en lecho, que bueyes en barbecho”. Esta estrategia de discriminación establece un vínculo entre los cuerpos con identidades colectivas sojuzgadas, sean indios, negros o mujeres; los individuos son ante todo cuerpo. Los negros, los esclavos (que son pura fuerza física, mercancía orgánica), las mujeres (a través de la prostitución, la pornografía y la publicidad), los locos, los homosexuales, los delincuentes, nos remiten a categorías hipercorporalizadas, y al ser “demasiado cuerpo” padecen por lo tanto déficit de humanidad. La hipercorporalización en suma responde a diversos principios de sujeción: las personas muy encarnadas están sujetas a mecanismos de discriminación, de explotación u opresión.

Son pocos, muy pocos los refranes genuinamente contestatarios a estas formas minuciosas de ejercer discriminación. Transcribo uno que me parece muy ingenioso y que sin duda

debe ser reciente: “El sexo débil ni tan débil y el sexo fuerte ni tan sexo” (898). Hasta aquí he subrayado lo que dicen los refranes, pero cabe abrir aquí una ruta de investigación: ¿sobre qué no hablan los refranes?, ¿qué nos dicen sus silencios elocuentes, plenos de significado? Ángeles Sánchez y Pilar Vallés descubren, a modo de ejemplo, un tema silencioso. Afirman primero que “el embarazo y el parto es un tema ampliamente tratado en los refraneros y no deja de sorprender –afirman– la cantidad de refranes que asocian el embarazo y el momento del parto con otros aspectos de la vida como la enfermedad, el cultivo de la tierra, las comodidades, la trascendencia, el amor, la belleza, el control, la muerte”. Y más adelante descubren que “no es de sorprender que no haya ningún refrán que aconseje prevenir los embarazos, pues esto implicaría –dicen– hablar de la vida sexual de la mujer en sí misma y de manera positiva, cosa que no ocurre en el refranero” (pp. 173-174). Gran parte de los refranes suponen como voz que enuncia, desde luego, la voz masculina. Pero es dable imaginarnos otras posibilidades, atender contra la lógica profunda de los refraneros e introducir la voz femenina masivamente para cambiar su sentido. Así podríamos crear no sólo contra-refranes, sino también anti-refranes, o incluso iniciar un refranero gay. Consideremos el refrán 1014 enunciado por una mujer: “Si una vez llega el querer, es más firme el de la mujer”. Un buen libro es aquel que nos invita a tomar paseos por diferentes rutas, el que nos provoca interrogantes e inquietudes. He querido mostrar algunos de los caminos que el libro de Ángeles Sánchez y Pilar Vallés, *La que de amarillo se viste... La mujer en el refranero mexicano*, me invitaron a recorrer. •

Notas

¹ Una versión modificada de este texto se leyó (el 2 de abril de 2009) en la presentación del libro que aquí se reseña.

² Ángeles Sánchez y Pilar Vallés, *La que de amarillo se viste... La mujer en el refranero mexicano*, UAM-CONACULTA, México, 2008. En adelante sólo indicaré entre paréntesis la página o el número del refrán que tomo de este libro.

³ Consúltese Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, FCE, México, 1987, sobre todo su capítulo III, en quien me apoyo para las siguientes reflexiones.

⁴ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, UNAM-Crítica, Barcelona, 1988, parágrafo 11, p. 27.

⁵ Véase John L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, 1982.

⁶ Véase Bronislaw Malinowski, *Coral Gardens and Their Magic*, Vol. 2: *The Language of Magic and Gardening*, George Allen & Unwin, Londres, 1935, p. 52.

RODRIGO DÍAZ CRUZ es Profesor-Investigador Titular en el Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: rdc@xanum.uam.mx